

CONSTRUYENDO PROYECTOS Nehemías 4: 1-15

Siempre he sostenido y enseñado que la Palabra de Dios siempre tiene una respuesta para cada circunstancia de la vida. Así, cuando se pasan por momentos de angustia, dolor, duelo y desánimo, como también cuando nos asalta la duda, la confusión, la inseguridad y el miedo. Por supuesto, también en los momentos alegres, de gozo y de victoria, la Palabra de Dios siempre tiene algo que decirnos. Cuando abrimos la Biblia y empezamos a leerla, es Dios hablándonos personalmente y directamente a usted y a mí.

Puesto que la Palabra de Dios siempre tiene una respuesta para cada circunstancia de la vida, puedo decir que, sin duda alguna, cuando usted tiene un proyecto que quiere comenzar, el Libro de Nehemías es el que hay que consultar. Cuando estudiaba en el Seminario, el Libro de Nehemías era el que se consultaba en la materia de Administración.

Cuando la historia de Nehemías toma lugar, ya habían ocurrido varias cosas en el pueblo de Israel. Como recordamos, ellos habían estado cautivos por 70 años por los babilonios. Pero cuando el súper gran, poderoso, y por mucho tiempo hasta invencible imperio de Babilonia fue conquistado por el imperio Medo-Persa, en el primer años del rey Ciro, los judíos fueron liberados y se les permitió volver a su tierra para tener un nuevo comienzo (*Esd. 1:1-4*). Desde aquí se ve la poderosa mano de Dios porque, permitir volver a su tierra de origen, era algo que no se hacía con los pueblos llevados en cautiverio; pero con Judá sí. Este fue el primero de tres grupos que regresó, y bajo el mando de Jesúa y Zorobabel (*Esd. 1-6*), construyeron de nuevo el Templo que había destruido Nabucodonosor, rey de Babilonia.

Un segundo grupo regresó años después, guiados por el sacerdote Esdras (*Esd. 7-10*), y con Esdras se establece la enseñanza de la Ley de Dios a un pueblo compuesto por muchos judíos que no tenían idea de su identidad como judíos y como pueblo escogido de Dios; por eso era importante que se guiaran conforme a la Palabra de Dios. Pero faltaría un grupo más, el cual sería liderado por Nehemías y cuya función primordial sería la reconstrucción de los muros que rodeaban a la ciudad de Jerusalén.

Nehemías no era ni sacerdote ni político; él trabajaba como copero del rey (*Neh. 1*). Pero no se malentienda ni se minimice esta función. Ser copero del rey era una gran responsabilidad; era un puesto de confianza y honor, era el confidente del rey. El asesinato era una amenaza constante para los reyes, y uno de los métodos más eficaces para realizarlo era envenenando la comida y/o la bebida de los monarcas. El copero era la persona asignada a confirmar que la comida y bebida del rey no estaba envenenada; de ahí su gran responsabilidad, y de ahí por qué el rey le tenía tanta confianza; prácticamente el copero tenía la vida del rey en sus manos. Sin embargo, aunque estaba en Persia gozando de poder e importancia, Nehemías no había olvidado nunca a su pueblo ni a su tierra.

Un día Nehemías recibe la visita de uno de sus hermanos junto con otras personas. Nehemías les pregunta cómo van las cosas por Jerusalén y ellos le contestan que mal, que los muros habían sido derribados y sus puertas quemadas. Esto significaba que estaban a merced de cualquiera que quisiera atacarlos y destruirlos de nuevo. Nehemías reaccionó con mucho dolor en su corazón e hizo lo que toda persona debe hacer cuando se encuentra en situaciones de dolor, angustia o desesperación: orar a Dios y ayunar; por cierto, el ayuno se hace para estar sensibles para recibir dirección de Dios; se debilita la carne, pero se fortalece el espíritu. Así, Nehemías oró por dirección y recibió dirección de parte de Dios. Nehemías se refugió en la fidelidad de Dios y en su misericordia; sabía bien que Dios le escucharía y así sucedió. En su oración confiesa los pecados de Israel y él mismo se incluye como pecador.

Cuatro meses después, Nehemías le hace la gran petición al rey: reconstruir la ciudad (*Neh. 2*); básicamente los muros de la ciudad. Esto no fue algo que se le ocurrió a Nehemías sino que, como él mismo lo dice, fue algo que Dios había puesto en su corazón (*Neh. 2:12*), cuando estuvo en ese tiempo de ayuno y oración. El rey permite que salga Nehemías con un grupo de judíos hacia Jerusalén, pero no solo le da el permiso sino que le da cartas para que no los molesten en su camino a la Ciudad Santa y para que les provean de la madera necesaria; además envió oficiales y soldados del ejército persa junto con el grupo para protegerlos en el camino. Dios hace eso; Dios actúa así. Cuando buscamos conocer su voluntad en nosotros, la cual solo podemos descubrir cuando lo buscamos en ayuno y oración, y Dios nos llama para hacer algo, créame, Él le equipará de todo lo necesario, así sea en lo material y económico, como en las habilidades y destrezas para realizar ese llamamiento. Siempre

recuerde, Dios no llama a los equipados, Él equipa a los llamados, para que la gloria sea solo para Él.

Nehemías estaba muy animado, tenía todo, materiales, gente que quisiera trabajar con él para reconstruir y, sobre todo, tenía mucha voluntad para cumplir la misión que Dios le había encomendado, pero como dicen: “nunca falta una mosca en la sopa”, a Nehemías le sucedió igual. En la historia de Nehemías aparece un hombre llamado Sanbalat, que era gobernador de Samaria. Samaria ni siquiera estaba cerca de Jerusalén, no le afectaba en nada; sin embargo, este tipo inmediatamente se opuso a la obra que iba a iniciar Nehemías con el pueblo. A Sanbalat le siguió el juego un tipo llamado Tobías. A estos dos hombres les disgustó mucho la idea de hacer algo que a todas luces era bueno: reconstruir las murallas de Jerusalén que estaban completamente destruidas. ¿Por qué? Seguramente porque Nehemías representaba una seria amenaza a sus intereses políticos y económicos; y ahora se habían propuesto parar a Nehemías a como diera lugar. Por cierto, a estos dos tipos se les sumaría uno más llamado Gesem. El problema no era que solo tres tipos se opusieran, el problema era que eran tipos de poder e influencia y, por lo mismo, eran tipos que tenían gente que los siguieran.

Cuando Nehemías les planteó a los judíos que habitaban en la ciudad el proyecto de reconstrucción, no lo hizo como un funcionario persa que solo viene a dar órdenes, sino como un hermano que comparte sus mismas necesidades, usando la primera persona del plural: “*edifiquemos*”, “*estemos*” (Neh. 2:17). La verdad es que la Ciudad Santa se encontraba en un estado vergonzoso y esto no podía permitirse que se quedara así. Así, Nehemías los retó a todos para trabajar con él. Dios le había dado a Nehemías la capacidad que necesitaba tanto para motivar a la gente, como para organizar la obra en todo sentido; recuerde, Dios es quien equipa a los que llama. Pero estos tres tipos, Sanbalat, Tobías y Gesem serían como “una piedra en el zapato”. El ataque de estos tres consistía, en la burla, la amenaza y el ataque.

Estas estrategias de estos estorbadores funcionaron en algunos que se dejaron asustar y se desanimaron de ayudar (Neh. 3:5), pero el resto participaron con mucho gusto, algunos haciendo las labores más sencillas y otros las más elaboradas; unos haciendo labores ligeras y otros haciendo las labores pesadas; algunos en puntos específicos y otros simplemente en el área que estaba fuera de sus casas. Todos bajo la dirección y

coordinación de Nehemías. A todos los trabajadores conocía Nehemías por nombre y sabía de la aportación de cada uno de ellos. De esta manera llegamos al capítulo 4 del Libro.

Sanbalat estaba realmente furioso porque la obra no se detenía y, junto con Tobías, hicieron nuevamente uso de la burla para desanimar a Nehemías y los judíos que trabajaban fuerte y dedicadamente en la obra (vv.1-3). ¿Cómo respondió Nehemías? No salió a golpearlos para correrlos, pero tampoco se dejó intimidar, ni mucho menos se desanimó. Nehemías hizo lo más sabio que podía hacer: oró al Señor (vv.4-5), y siguieron trabajando con ánimo (v.6). Pero Sanbalat y sus secuaces tampoco se darían por vencidos tan fácilmente. Ellos pasarían de la burla y la amenaza, al ataque (vv.7-8). ¿Cómo respondió Nehemías? Nuevamente oró al Señor (v.9). Pero esta vez el pueblo ya estaba muy cansado y desanimado (v.10). El problema es que ahora ellos estaban más enfocados en lo que faltaba por hacer, que era mucho, que en lo que habían avanzado. Esto es malo porque hace perder el enfoque en la visión que el Señor le había dado a Nehemías y que ellos habían compartido con él. Además, al tiempo en que el pueblo se desanimaba, los enemigos cobraban fuerzas y solo estaban esperando el momento oportuno para atacar (v.11). Pero lo más triste es cuando judíos que habían escuchado las amenazas vinieron a Jerusalén para convencer a sus hermanos de terminar la obra, aunque era una obra que Dios había mandado a través de Nehemías (v.12). Este versículo dice que lo hicieron insistentemente, es decir, no paraban de “aconsejar” a sus hermanos de parar la obra.

Hay un dicho que reza: *“A Dios orando y con el mazo dando”*. Esto fue justamente lo que hizo Nehemías al organizar a todos los trabajadores para seguir en la obra, mientras que otros hacían labor de vigilancia y seguridad (v.13). Nehemías los anima a seguir trabajando, los anima a creer en el poder de Dios y descansar en Él, y los anima a seguir luchando por sus familias y por sus hermanos (v.14). este llamado era muy importante porque, si la obra que estaban haciendo era una obra de Dios, entonces Dios estaría con ellos supliendo toda necesidad material y económica, y no solo eso, sino que los fortalecería y los animaría para seguir, y los protegería de todos los peligros que se presentaran (v.20).

Cuando los enemigos de la obra de Dios se dieron cuenta que sus planes habían sido descubiertos y que los judíos ya estaban en guardia esperando cualquier ataque, concluyeron que no había nada que hacer y

entendieron que Dios era quien había desbaratado todos sus planes de detener la obra (v.15).

Conclusión.

Todavía pasaron más desánimos, cansancios y ataques, pero Nehemías nunca desistió de completar la obra y siempre animó a todo el pueblo siendo él mismo ejemplo de esfuerzo, trabajo y dedicación. En tan solo 52 días la obra fue completada lo que significa que realmente trabajaron duro y realmente trabajaron la mayor parte del pueblo. Pero esta historia nos enseña lo que sucede cuando queremos emprender un proyecto, cualquiera que este sea. Como testimonio personal, más de una persona me dijo que yo jamás podría ser pastor en Estados Unidos; me dijeron que jamás podría estudiar en donde estudié porque no tenía los recursos. Algunos se burlaron porque una carrera que dura cuatro años yo la tuve que hacer en siete, pensaron que jamás me graduaría. Hoy soy un pastor graduado y ordenado.

Otro testimonio tiene que ver con Sublime Gracia. Un hermoso ministerio que levantó el Señor y que estaba trabajando duro, de repente se encuentra en la situación de si debe cerrar sus puertas o no. Algunos se desanimaron y se fueron, y otros, simplemente no quisieron comprometerse con la visión de ser discípulos y mostrar el amor del Señor Jesucristo en acción al pobre y al necesitado, y también se fueron. A otros más no les gustó la forma en que llevamos este ministerio y abandonaron la obra. A nadie le importó lo que su salida pudiera afectar al ministerio; a nadie le importó la suerte o el destino que podría sufrir el ministerio. Simplemente pensaron en sus propios intereses, pensaron que no se podría y se fueron y algunos hasta invitaron a otros para irse con ellos.

Pero hubo un grupo muy pequeño que sí creyó que la obra era de Dios, y porque era de Dios, valía la pena luchar. Hoy Sublime Gracia tiene ya tres años y, aunque todavía no hemos crecido mucho en número (aunque por la gracia de Dios poco a poco van llegando más hermanos), sí estamos creciendo en la fe.

Así que siempre que quiera empezar un proyecto de vida, ya sea emprender un negocio, empezar una carrera, realizar un ministerio, etc., recuerde que podrá tener oposición. Habrá quien no esté de acuerdo en que usted lo realice y hasta se enfurezca porque lo está haciendo. Habrá quien se burle de usted y trate de desanimarle; habrá quien hasta se

interponga y trate de lograr que usted no realice su proyecto. Tristemente, el mayor obstáculo, y el más doloroso, puede venir de su misma familia. Algunos le aconsejarán con las mejores intenciones, pero mal; otros actuarán con envidia. No se desanime por esos comentarios, no los escuche, escuche más bien el consejo de Dios; ese es infalible.

Para que todo proyecto funcione, lo primero es que debe contar con la bendición de Dios. La bendición de Dios es garantía de que, aunque haya oposición y aunque haya ataques, el proyecto se cumplirá con éxito. El Libro de los Proverbios nos dice: *“Pon todo lo que hagas en manos del SEÑOR, y tus planes tendrán éxito”* (Prov. 16:3). Cuando usted pone sus planes en las manos de Dios, Dios le confirma si Él está de acuerdo con esos planes. ¿Cómo lo hace? Pone paz en su corazón y le habla a través de su Palabra. Dios abrirá puertas que nadie podrá cerrar, y cerrará puertas que nadie podrá abrir. Dios irá supliendo toda necesidad física, económica, emocional y espiritual; le proveerá de recursos humanos y materiales, e irá quitando los obstáculos humanos o de cualquier otra clase que le quieran impedir llegar a su meta. Pero nunca se detenga, como Nehemías, confíe en Dios y no en sus propias emociones.

Y cuando un obstáculo se presente, por grande que sea, haga lo que hizo Nehemías; ore a Dios y siga trabajando; llénese de ánimo y de paz y transmita ese ánimo y paz a los que están a su alrededor. Le aseguro que esta es la mejor manera, la más efectiva manera de construir proyectos y terminarlos con éxito. Amén... Vamos a orar...